



Ximénez, un prodigio en la prensa colombiana

Por Andrés Vergara Aguirre

Al conmemorar la fundación

de El Espectador, uno de los proyectos periodísticos más importantes que ha tenido el país y un bello testimonio de la vocación por el oficio del periodismo dejado por el maestro don Fidel Cano, vayan estas líneas en homenaje a José Joaquín Jiménez, aquel niño larguirucho al que sus colegas periodistas y sus entusiastas lectores conocieron mejor como Ximénez, quien logró imprimirle a la prensa colombiana esa mezcla de talento y picardía que sus contemporáneos conocieron como la Ximenidad.

José Joaquín Jiménez, Ximénez (1916-1946) era todavía un niño cuando se inició en el periodismo, a sus dieciséis años, y murió siendo todavía un niño —a causa de una neumonía—, no solamente porque no había cumplido los treinta, sino, sobre todo, porque él decidió quedarse instalado en su carácter infantil,

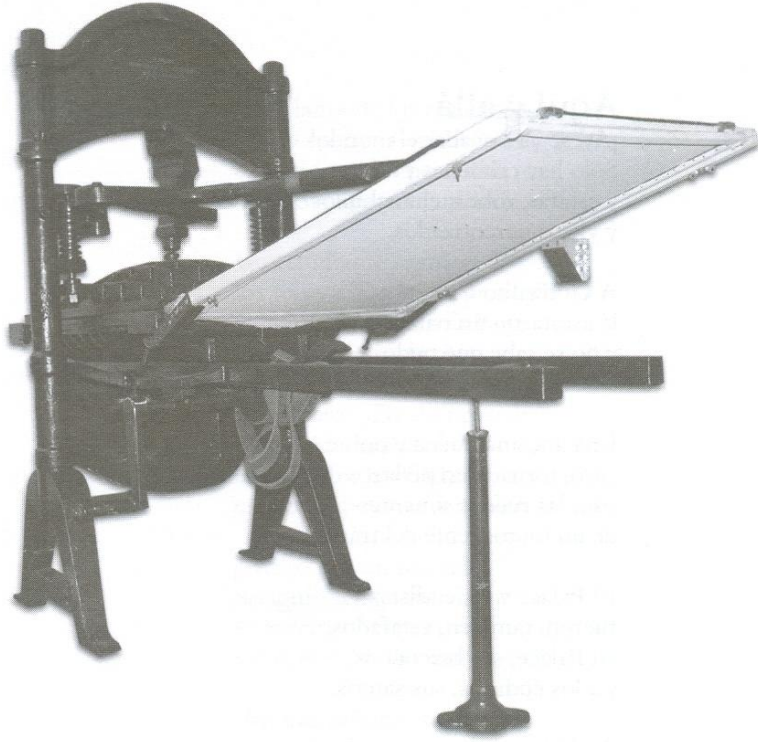
dándole rienda suelta al chiquillo que siempre estaba agazapado detrás del cronista y reportero, para evitar que éste se tomara la vida muy en serio. Por eso, siempre insistía en definirse como un “pobre reportero”, un “vil escritorzuelo”, como quien dice, alguien que no tenía por qué asumir la vida con trascendencia. A él mismo, según lo revelan entre líneas sus notas, lo aterraba la idea de dejarse arrastrar por la fama que tan tempranamente le había llegado como periodista, pues a sus veinte años ya se había convertido en uno de los cronistas más destacados en el panorama colombiano.



Ximénez había crecido rodeado de los clásicos que poblaban su casa, pues su padre don Rafael Jiménez Triana era un consumado lector y tenía una amplia biblioteca, que fue tal vez la herencia más importante que le dejó a su hijo, todavía

muy pequeño cuando él murió. Dostoievski se quedó entre los autores que más profunda influencia tuvieron en el cronista; y esto es un indicio de que detrás de aquel niño travieso se quería acallar al hombre desgarrado por las grandes y las pequeñas tragedias humanas, él que bien conoció la trágica Bogotá del hampa, la miseria y la prostitución, cuando escribió para *El Tiempo* sus crónicas en la columna *Las pobres gentes*, título tomado precisamente del escritor ruso, y aun desde antes, puesto que su inicio como cronista fue precisamente en la que fuera la escuela de algunos de los más grandes periodistas: la crónica judicial.

Con su riqueza del lenguaje y su agilidad para escribir, sumadas a la profundidad de su reflexión, Ximénez tenía lo necesario para convertirse en un serio escritor, porque desde muy niño había soñado con hacerse poeta y novelista. Pero él decidió desterrar la seriedad de su vida, y por eso se declaró un militante del absurdo, un practicante de la absurdidad. Y fue esa absurdidad la que lo llevó a convertirse en un periodista travieso hasta el fin de los días. Así, entonces, se mezclaron en él un cronista trascendental, dolido por las



Prensa de *El Espectador*. Fondo Fidel Cano

tragedias cotidianas, al que trataba de ocultar, y el reportero travieso que metía el chiste en el cuadro trágico, convirtiendo su crónica en una tragicomedia: esa mezcla quedó registrada en la prensa colombiana como la *Ximenidad*.

Y precisamente la *Ximenidad* dejó varios frutos, como el famoso ladrón Rascamuelas, que según las crónicas de Ximénez tenía asolada a Bogotá con su famosísima banda, y era “jefe de apaches y espejo de rateros que, a pesar de todas las gestiones de la policía, no ha sido capturado”. Así, todos los delitos que no tenían autor conocido, en la crónica de Ximénez se le atribuían a Rascamuelas, hampón que la policía nunca pudo capturar a pesar de sus intensos operativos, porque sólo

existía en la afiebrada imaginación de Ximénez, de donde lo había sacado para resolver el problema de la escasez de noticias cuando “La espuela de la neurastenia se hinca en la carne desnuda de la ciudad cuando la lluvia y el frío insistentes decoran el ambiente”, según lo expresara el cínico reportero en una de sus notas. Es decir, cuando en su crónica judicial se veía abocado a “dar lata, con dos o tres casitos minúsculos, que fueron los únicos que ayer se registraron”, adornaba su nota con alguna incursión de Rascamuelas.

Fruto de la Ximenidad también fue don Rodrigo de Arce, el vate preferido de los suicidas que se arrojaban en el Salto del Tequendama. Por aquella época, a mediados de los años treinta, casi todos los suicidas dejaban en “la piedra de los suicidas” alguna chaqueta o abrigo, el cual contenía en uno de sus bolsillos unos versos pintorescos de Rodrigo de Arce que explicaban la causa de su determinación. Por supuesto, los versos eran fruto de Ximénez, o de su heterónimo don Rodrigo, que según el cronista era un coronel del ejército ecuatoriano, héroe de guerra, el cual en su retiro había venido a buscar sosiego a Colombia; en este heterónimo, Ximénez consumó la vejez que él mismo no conoció. Tanto se institucionalizó este nombre en el país, que desde 1944 y hasta su muerte, en El Espectador apareció una columna diaria firmada por don Rodrigo de Arce.

Buenas tardes

Desde hacía unos trece años, en El Tiempo uno de los compañeros de Ximénez, Fray-Lejón, publicaba una columna diaria titulada Buenos días, en la que hacía su comentario versificado sobre los temas más destacados de la actualidad. Pues bien, Ximénez decidió que él también podía hacer lo mismo para El Espectador, y como no se trataba de disimular, la columna se llamó Buenas tardes, nombre que encajaba muy bien en el diario entonces vespertino, y la firmó como Rodrigo de Arce. El mismo Fray-Lejón desde su columna recibió con alborozo la columna de Ximénez, y de pasó expresó su admiración por el ingenio del cronista.

Esta columna refleja varias particularidades de Ximénez. La primera, su ingenio, su capacidad de versificador y su proximidad con la picaresca. La segunda, su agilidad para escribir, el vigor de su prolífica pluma y su versatilidad: era capaz de hacer una columna diaria en verso y en tono picaresco para El Espectador, otra en prosa y en tono serio para El Tiempo, titulada Babel del día, la cual escribía desde 1939, más las crónicas y reportajes que escribía para El Tiempo y para otros periódicos y revistas. La tercera, el raro caso de un periodista que escribe de manera simultánea dos columnas distintas diarias para los dos más importantes periódicos colombianos. Los términos del acuerdo entre

los dos periódicos y el columnista serían otro asunto interesante. Por ahora digamos que este caso, sumado a la tolerancia de los medios con los juegos del cronista, que se atrevía incluso a inventar personajes para sus páginas periodísticas, muestran que entre 1935 y 1945, en la prensa colombiana logró imponerse ese fenómeno que cada vez atraía a más lectores, la Ximenidad.

Finalmente, dejamos algunas de las columnas que aparecieron en Buenas tardes, de El Espectador, firmadas por don Rodrigo de Arce. En esta muestra, puede observarse la agilidad e ingenio de Ximénez para el octosílabo, y el modo como se mezclan el ingenio y la picardía (como en “Aquí y allá”, “Criminalidad”, y “Temblorcitos”, donde se impone el reportero travieso, con gran agilidad para plasmar en versos los hechos cotidianos) con la reflexión poética (“Canción” y “Poemita con influencia lunar y romántica”, donde se impone el poeta, pero en el que tampoco desaparece la actitud jueguetona, como cuando se refiere a ese “rojo perro” que es el corazón, y cuando termina reconociendo que son versos que nada tienen qué ver con los acontecimientos de

actualidad, pero que simplemente está cumpliendo con su “obligación de escribir versos”): ésa es la mezcla natural que sus contemporáneos conocieron como la Ximenidad.

Aquí y allá

¡Ay, se va a acabar el mundo!
Sólo hay crímenes y asaltos,
y estafas, robos, chanchullos
y viejos narcotizados.

A Gonzalito Carreño
le asestaron un balazo
y no se sabe qué pudo
ocasionar tal estrago.

Una anciana buena y pobre
cayó, tornada en pedazos
bajo las ruedas sonantes
de un motoagente del tránsito.

El Palace y los eudistas
fueron, también, estafados.
Al Palace, sus bizcochos,
y a los eudistas, sus santos.



¡No! Si es que no se puede:
¡éste es un país de bárbaros!
Sólo hay ladrones y bichos
de corazón dislocado.

¿Será verdad? ¡No! ¡Mamola!
Leed, hijitos, los relatos
que nos publica la prensa
de usos y pueblos extraños.

Tenemos, entre otras cosas,
ese crimen de Chicago,
más turbio, salvaje y fiero
que cuanto pueda ser bárbaro.

La guerra, según parece,
por lo pronto no ha acabado.
Y hay un instinto de bestia
en el corazón humano.

Cada quien medra y pelecha,
libre de leyes y trabos,
la moral es una ruina
sin fuerza, ni forma ni ámbito.

Rotas en trizas y trises,
por el curso de cinco años,
reglas, nociones y leyes,
la paz ni las ha arreglado.

Y lo que aquí nos ocurre
es, lectores, sólo un grano
del costal de trigo que
vemos en pueblos hermanos.

De manera que, señoras
beatas y viejos pazguatos,
no alborotéis, no claméis,
no hagáis estruendo y escándalo.

Que lo del clérigo Arenas
y lo del joven Gonzalo
es torta dulce de almíbar
frente al crimen de Chicago.

(El Espectador, enero 12 de 1946, p.5)

Canción

Oh corazón, que tienes voces
que van cantando en el silencio,
canciones, cánticos, canciones
entretejidas de recuerdos.

Amor te incita y te maneja...
Pulsas y lates, rojo perro,
bajo el azul de Dios, que adorna
la pompa cósmica del cielo.

La juventud un vino loco
te brinda, en copas de momentos,
y tú te embriagas y discurre
por los caminos del ensueño.

Llama vital quema en tu entraña
y te consume un vario fuego,
de amor, de amor y de alegría,
de caridad y de deseo.

Ya no navegas en los mares,
pero tu asombro marinero
descubre océanos, funda barcos,
eleva faros y abre puertos.

Oh corazón, humildemente
labras la angustia de mi pecho,
y esperas, luchas y confías,
gobernador de mi universo.

Vives el nítido milagro
de la emoción y el sentimiento,
y con tu roja aguja zurces
el roto saco de tu dueño.

Infatigable, laborioso,
conmigo estás, cautivo péndulo,
fiel y constante y admirable
y valeroso y verdadero...

Pero Rodrigo... ¿y estas cosas?
–Obligación de escribir versos...
Falta de tema... Tonterías
de mis románticos ancestros...

(El Espectador, enero 10 de 1946, p. 5ª)

Criminalidad

Las manchas del sol, lectores,

en este chusco país
están causando un desliz-
amiento de arduos horrores.

Mata el amante a la amada,
se suicida el dragoneante
y mueren a cada instante
sujetos, de puñalada.

Atracos de comba y teca
ocurren todos los días
y cinco mil truhanerías
se cuecen en su manteca.

En El Guavio, el Perro muerde
con un mordisco mortal
a una chica angelical
que en sus encantos se pierde.

Los clanes de los maleantes
le dan remate al mal año
causando de golpe el daño
que no realizaron antes.

Un estudiante se mata,
los tranviarios no “espichan”
y en foja de crimen fichan
las malas fichas la pata.

¿Qué pasa? ¿De do procede



esta insana realidad,
esta terrible maldad,
esta corrupción que hiede?

¿Acaso por un rotundo
designio aciago no visto
se avecina el Anticristo
y con él el fin del mundo?

¡Ay, mis señoras, las beatas,
orad, rezad, librad preces
por esta y por otras veces,
rendidas y mojigatas!

Implorad a Dios clemencia
y presentad sacrificios;
Ceñíos, mujeres, cilicios
y clavos de penitencia.

Nunca tan graves pecados
la ciudad reunió en su talle,
y todos van por la calle
lirondos y rematados.

(El Espectador, diciembre 5 de 1945, 5ª)

*Andrés Vergara Aguirre. Comunicador Social-Periodista de la Universidad de Antioquia. Magíster en Literatura Colombiana, dirigió, hasta hace poco, el pregrado en Periodismo de la misma Universidad; actualmente es estudiante del Doctorado en Historia de la Universidad Nacional de Colombia —Sede Medellín.